

El de la libro guerra

ENCUENTRO EXCLUSIVO

Como un episodio de *Seinfeld* guionado por David Foster Wallace, en ***Chronic City***, Jonathan Lethem echa mano a su realismo alucinado para escribir uno de los relatos más agudos y sugestivos de la última década sobre la vida en Nueva York.

Por Luciano Piazza

De todas las imágenes coleccionables de Nueva York, existe una que suele pasar inadvertida para sus habitantes, pero que invariablemente se fija en la mirada del extranjero: el tamaño de los vehículos. El culto a la comodidad es comprensible, pero hay algo inquietante en el rugido de esos motores. Nada parece indicar, en la expresión de sus conductores, la percepción de alguna relación de continuidad entre la dimensión de sus motores y la probabilidad de vivir en un país en guerra por el petróleo. Como cualquier ciudad en guerra, la colección de imágenes de Nueva York se compone de

incontables versiones que parecen irreconciliables. La postal en blanco y negro con Gershwin de fondo, sobreimpresa a la postal color, con una torre humeando y un avión que se incrusta en la otra, mientras se mezclan las sirenas de los bomberos con los gritos de incredulidad. La ciudad se traslada por el mundo entero constantemente, tratando de asimilarse a los imaginarios más diversos. En contra de los pronósticos, se las rebusca para encontrar coherencia, y convertirse en un relato posible en cualquier idioma. Aunque en cualquier paisaje donde el relato se cuestione a sí mismo el verosímil se debilita, una ciudad excesiva parece correr más riesgos. La sensación de



inverosimilitud puede ser una constante tanto en las imágenes lejanas como en las más próximas de la principal ciudad de los Estados Unidos. Al alejarse del área metropolitana, cuando la sensación de verosimilitud comienza a fortalecerse, la dimensión de los vehículos continúa creciendo, y categorías como “camioneta”, “furgón” o “auto deportivo” se vuelven prácticamente innecesarias. La amplitud de las rutas parece extender los beneficios espaciales que disfrutaron los conductores. El precio de la nafta es una de las claves del paisaje verde oscuro que se aclara hacia la costa. Para recorrer los setecientos cincuenta kilómetros que separan a Nueva York de Maine, se nece-

sitan alrededor de setenta dólares (luego de Venezuela, es la nafta más barata del continente), y hasta allá fuimos.

El estado de Maine está históricamente asociado a la imagen de la langosta. Aunque, tal vez, internacionalmente sea más conocido por los escenarios donde transcurren muchos de los relatos de Stephen King. Ubicado en la costa noreste de los Estados Unidos ofrece, desde hace sesenta años en el pueblo de Rockland, el Festival Anual de la Langosta. Además de ser una cita masiva de entretenimiento, se volvió un hito literario por la célebre crónica de David Foster Wallace, *Hablemos de langostas*. A una hora de Rockland, en Blue Hill, un

pueblo con apenas mil habitantes, reside en los veranos el escritor –nacido en Nueva York– Jonathan Lethem. A pocas cuadras de un mar tan calmo que no hace ruido, Lethem habla para el grabador. Acostumbrado a hablar de su ciudad natal, Lethem reconoce la distancia autoimpuesta que le permite recrearla con la libertad que lo caracteriza: *“La he dejado una y otra vez a lo largo de mi vida. Es casi una especie de ritual esto de irse lejos. Me gusta la idea de recordarla, de fantasear sobre ella, de hablar sobre ella desde la distancia”*. Hace un año el fantaseo es constante, desde que se mudó a Los Ángeles para ocupar el cargo de profesor de escritura creativa en ►

► Pomona College. Cargo que quedó vacante, hace exactamente tres años, con la muerte de Foster Wallace.

La figura de Lethem en la última década se hizo ineludible en la camada de escritores de Brooklyn posterior a Paul Auster. Las disputas por si las novelas de Lethem eran mejores cuando todavía era un escritor de culto tuvieron lugar muchos años atrás; sus lectores de los inicios reclamaron la autenticidad del comienzo y sus nuevos lectores justifican que la mejor producción es la reciente. Actualmente Lethem, si bien no está formado en los circuitos literarios académicos, ya fue profesor de los programas más prestigiosos, ganó premios casi millonarios, y sus novelas vienen siendo consideradas “libros del año” en los suplementos literarios. Sin embargo, muchos de sus seguidores todavía no son lectores de su ficción. Una mayoría aún se relaciona solamente por sus célebres intervenciones como crítico cultural: la entrevista a Bob Dylan publicada en *Rolling Stone*, la crónica de su privilegiada presencia dentro de un estudio de grabación con James Brown, o su reciente diálogo con Patti Smith, organizado por Pen World Voices Festival.

Lethem toma café negro antes de empezar a hablar, y en un intento de describir el modo en que concibe el verosímil, la cafeína pronto se va a transformar en un intento de evidencia de la presencia en esta realidad: “Por más que se podría admitir que esta realidad es artificial, aún necesitamos café para hacer una entrevista”. El asunto comienza por la polémica en torno al verosímil que suelen generar sus novelas. Algunos le reclaman ajus-

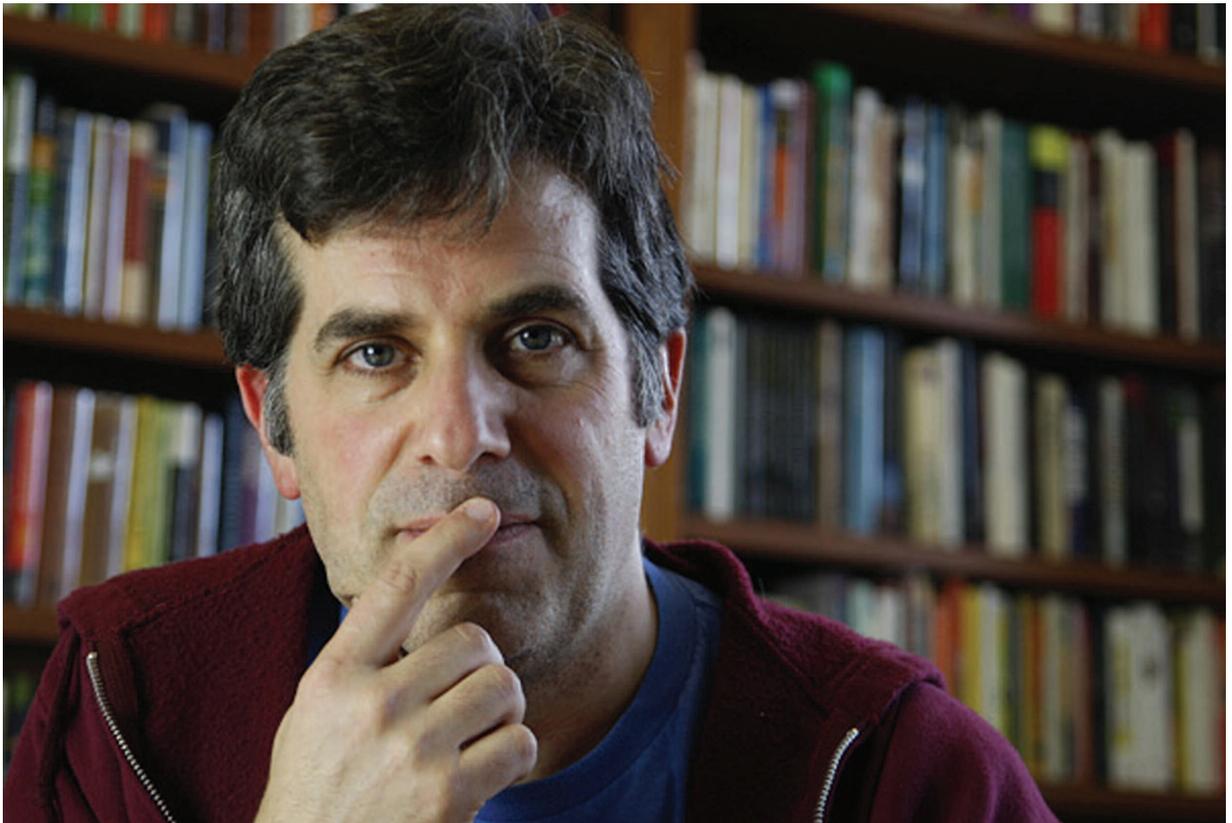
“Todos vivimos en un episodio de Seinfeld: vemos las mismas personas todos los días, comemos los mismos sándwiches, contamos el mismo chisme una y otra vez sobre las costumbres que nos irritan de nuestros amigos.”

tes a su realismo, otros esperan que se entregue definitivamente a lo fantástico. En el caso de *Chronic City*, traducida recientemente al español, lleva al extremo la confusión del cruce entre la realidad y la ficción. La novela transcurre en una Manhattan de ciencia ficción muy próxima a la realidad. La trama recorre la amistad de cuatro personajes, en un probable acontecer similar al de cualquier episodio de *Seinfeld*, enredado con un gran relato que nunca se sabe si es real, pero que protagoniza la isla entera. Si hay cosas que ocurren en lo que llamamos realidad que son demasiado literarias para incluirlas en una novela, Lethem incluye todo eso, y un poco más: un improbable tigre mecánico subterráneo, las cartas de una astronauta a su novio publicadas en el *Times*, una ballena encallada en el *East River*, un aroma a chocolate que invade la ciudad, una cofradía de adoradores de una vasija que podría ser un umbral entre diversas realidades, edificios destinados exclusivamente a perros sin vivienda, un coyote que deambula por Central Park y la lista continúa. “En *Chronic City*, todo el material cultural –las canciones, las películas, incluso la geografía de la ciudad– es un mosaico de verdades y mentiras. La realidad de la experiencia presente es un mosaico de verdades y mentiras inseparables, y no vale la pena tratar de separarlas. Lo real y lo irreal conforman un matrimonio indisoluble. La pregunta es cómo vivimos dentro de este ambiente impuro.”

Este estado de confusión el autor lo logra superponiendo hechos que efectivamente sucedieron con otros igual de increíbles, pero improbables. “El olor a chocolate efectivamente invadió Manhattan hace unos años y provocó una cita memorable del alcalde Michael Bloomberg: ‘Se trata del dulce olor del éxito’, dijo”. El punto de partida de Lethem es que la sensación de verosímil es igual de frágil tanto para sus lectores como para sus personajes. Para conocer un ejemplar producto de contaminación y de impureza estilística vale la pena leer un artículo que publicó en la revista *Harper’s* mientras escribía *Chronic City*, “The Ecstasy of Influence”, traducido como “En contra de la originalidad”. Se trata de una actualización notable de la inutilidad del concepto de autoría: un artículo enteramente escrito sobre retazos de textos de otros; desconcertante producción en la que no se puede distinguir cuándo se trata de su texto y cuándo de terceros.

En el caso de los relatos que construyen a Manhattan parece todavía más inevitable acudir al aturdimiento de la construcción colectiva. De modo más general está sugerido en tanto los habitantes de la Manhattan de Lethem pueden escoger una versión de *The New York Times* “libre de guerra”. La “edición libre de guerra” es una de esas negaciones que subraya la presencia de una guerra en la lectura del que la niega. “De algún modo todos leemos nuestra edición ‘libre de guerra’. Nuestra tolerancia de asimilación tiene límites. Si leemos que hay cinco países en los que la gente se muere de hambre y después leemos sobre otro más ¡lsto! No tengo espacio para otro más. Y damos vuelta la página. Es así de simple.” El verdadero núcleo de la reflexión, en ese sentido, es tratar de definir qué se entiende por “guerra”. Por ejemplo, en la “edición libre de guerra” hay una foto de tapa de un oso polar en el medio del océano montado sobre un pequeño pedazo de hielo. En esa duda aparece el famoso verso de Leonard Cohen: “There is a war between the ones who say there is a war and the ones who say there isn’t” (Hay una guerra entre los que dicen que hay una guerra y los que dicen que no hay). Así como es fundamental en *Chronic City*, Lethem comenta que esta cita está teniendo toda su producción de los últimos años. “Yo sí creo que hay una guerra. Y no hace falta disimular que he escogido un bando”, dice, y larga una carcajada mesurada. Se ve que es una redundancia graciosa que suele acompañarlo cuando habla de esta cita. La referencia más cercana y más reconociblemente negada es la experiencia del 11 de Septiembre de 2001. “En su aspecto más ambicioso, *Chronic City* es acerca de Manhattan varios años después del 11-S. Lo ocurrido fue tan intenso, traumático, y singular, al punto que ha sido una experiencia individual y compartida a la vez por quienes vivíamos en la ciudad en ese momento. Pero lamentablemente se ha traducido en algo completamente irreal. Aquellos que se lo apropiaron, lo transformaron en una excusa y en una ocasión global para otros fines. Y la gente que vivía en Nueva York fue arrastrada a ese estado de confusión silenciosa, complicidad y negación acerca del significado de su propia experiencia con lo que pasó.”

La negación y la aceptación son los ejes del inverosímil que circula por Manhattan: “¿Qué te queda por hacer cuando tu experiencia se ha transformado en una bandera militar que se ondea



en la batalla de una tierra lejana para cometer atrocidades inenarrables y sin sentido? Y mientras eso ocurre, en el lugar en que vivís hay una fiesta". Lethem no duda en incluirse como protagonista de la confusión, tanto de la aceptación como de la negación. Para reconstruir ese estado de confusión de la experiencia colectiva considera fundamental mantener la vanidad cotidiana en la parte más visible del relato. "Todos vivimos en un episodio de Seinfeld: vemos las mismas personas todos los días, comemos los mismos sándwiches, contamos el mismo chisme una y otra vez sobre las costumbres que nos irritan de nuestros amigos." El plural inclusivo de Lethem abarca a todos los neoyorquinos. Y en tanto la ciudad tenga la capacidad de replicarse en otras culturas, su apuesta se hace más probable. "¿Cómo puede coexistir todo esto? Ahí está de vuelta el estado de impureza que me interesa." La guerra más interesante que se permea en *Chronic City* es la que se niega en cualquier ciudad, pueblo o comuna del mundo; precisamente esa de la que habla Leonard Cohen. Nueva York y otras

ciudades tienen además de la guerra, otra guerra por encima que la niega. La reflexión lo obsesiona y confiesa utilizarla como una especie de guía conceptual en sus trabajos más recientes. Aparecerá, también, en el libro que se publicará próximamente, *Talking Heads' Fear of Music*. "Uno de los mejores temas de *Fear of Music* es 'Life During Wartime', que es una visión de la ciudad en los setenta como una zona de guerra. En esa canción la gente que vive en el Lower East Side también es parte de una guerra vaga, inespecífica, invisible." Lethem puede hablar a una velocidad asombrosa. En un mismo aliento alarga las oraciones hasta lograr la sutileza gramatical con la que escribe. De a ratos se interrumpe, sin perder el hilo, saluda a sus hijos que aparecen por el jardín con la niñera. La luz del mediodía, los niños y los pájaros hacen al tono de la conversación un tanto inverosímil. Lo de Lethem no deja de ser ciencia ficción en los términos en que Philip K. Dick concebía el estado de guerra mediatizado. Dick fue el primero en ver, antes de que sucediera, las consecuencias de un

mundo ahogado por los medios. El ejemplo más conocido es la falsa realidad presente en su relato "Los defensores". El mundo en guerra ha llevado a los estadounidenses a vivir bajo tierra, desde donde ven por televisión la transmisión de una guerra nuclear. La transmisión era generada por robots que habían logrado vivir pacíficamente con los soviéticos, y extendían la guerra transmitida para desalentarlos a volver a la superficie. Lo de Dick era la predicción de una decadencia en proceso; lo de Lethem tiene algo de regodeo en la decadencia. Su sátira es sobre una ciudad a la que recientemente le acaba de estallar la guerra en sus torres más visible, y todos siguen discutiendo con un trago en la mano tratando de definir si Marlon Brando fue el mejor actor del siglo XX, o tratando de recordar si está vivo y, dónde se cocina la mejor hamburguesa de madrugada en la isla. ■

CHRONIC CITY

(Mondadori)

446 páginas.

Traducción de Cruz Rodríguez Juiz.